

# La misión especial de los compañeros de Jesús

Jorge Alvarado Pisani. UCA, Managua, 17 de diciembre de 1989.

Todo jesuita, en cuanto miembro de la Compañía, esto es, en cuanto compañero de Jesús, sabe perfectamente lo que le espera si se deja llevar por el espíritu profético de su Señor, el Libertador: odio, persecución, injuria, calumnia, muerte tal vez, de parte de los poderosos de este mundo ("Si a mí me han perseguido también os perseguirán a vosotros...e incluso llegará la hora en que todo aquel que os mate piense que da culto a Dios": Jn 15,20-16,2). Sabe que anunciar y realizar históricamente el Reino del Dios-que-es-libertad implica:

a) denunciar los desórdenes establecidos por los múltiples egoísmos de los individuos, las clases, las naciones o las razas; y b) trabajar contra los sistemas sociales que, derivados de ellos, se oponen a El. Y sabe que esto lo logra comprometiéndose en los procesos de liberación de los pueblos, entendiendo por pueblos aquellos grupos humanos llamados a superar toda tendencia individualizante, división de clases, desviación nacionalista-estatista o megalomanía racista.

De modo que el compromiso del jesuita con la promoción de la justicia y la libertad constituye uno de los primeros principios de su "carisma" particular en la Iglesia universal. En efecto, dice un párrafo del Decreto 4 de la XXXII Congregación General de 1974: "El compromiso de promover la justicia y solidarizarnos con los que no tienen voz ni poder, exigido por nuestra fe en Jesucristo y por nuestra misión de anunciar el Evangelio, nos lleva a informarnos seriamente de los difíciles problemas de su vida y, luego, a reconocer y asumir las responsabilidades que nos corresponden en el orden social".

Ahora bien, la conciencia de tal misión no es una moda caprichosa de los jesuitas actuales. Por ejemplo, entre 1864 y 1867, el padre Ambrosio Matignon publicó en la revista *Études religieuses* (la actual *Études*) once artículos, titulados "*Las doctrinas de la Compañía de Jesús sobre la libertad*", para contestar las imputaciones que se levantaban, en la Francia de la época, contra la Compañía, acusándola de complicidad con todo tipo de despotismo político, espiritual y religioso. Matignon demostró, allí y entonces, su tesis de que "la Compañía de Jesús parece haber recibido como misión especial no sólo la de mantener la ley divina sino también la de defender y proteger la libertad humana. Tantas veces cuantas se la ha querido negar...los jesuitas se han alzado para reivindicar sus derechos".

Esa misma "misión especial" inspiró la lucha antinazi del padre Alfred Delp, redactor de la sección de sociología de la revista *Stimmen der Zeit*, en 1941, y activista del "círculo de Kreslau", grupo antihitleriano relacionado con los oficiales que intentaron ajusticiar al Führer el 20 de julio de 1944. Alfred Delp fue detenido por la Gestapo una semana después del fallido atentado, torturado y encarcelado en la prisión de Tegel, donde también estaban presos Ernst von Harnack, Erwin Plank y Dietrich Bonhoefer. El día previo a su ejecución escribió un texto que bien hubiera podido ser reescrito por cada uno de nuestros mártires salvadoreños de haber sabido, el 15 de Noviembre de 1989, que serían asesinados al día siguiente por las hordas neonazis de El Salvador:

“Mi crimen es haber creído en Alemania (en El Salvador) más allá de una hora posible de angustia y oscuridad. Es haber rechazado la religión del orgullo y la violencia, y haberlo hecho como católico y como jesuita. Si estoy aquí, esperando la mano que me lleve al patíbulo, es porque, por encima de la Alemania (de El Salvador) de hoy, he creído en una Alemania (en un El Salvador) nuevo. Porque he visto en el cristianismo y en la Iglesia la aspiración secreta de este país y de este pueblo, la fuerza que debe regenerarlos y salvarlos. Porque he amado en la Compañía a una familia de hombres

de carácter, hombres a los que se odia porque no se les conoce, porque no se comprende su libre obediencia o porque se los teme como un reproche vivo lanzado a la cara de las tiranías arrogantes”.

Crear en un país nuevo, salvado por la fuerza fraternizante del evangelio de Jesús, y trabajar por su advenimiento, orgánicamente incorporados al pueblo pobre y oprimido. Tal fue su crimen contra los poderes de este mundo que intentaron en vano, asesinandolos, impedirles el cumplimiento de su misión especial de libertad y liberación. En vano. Así como El Salvador venció, El Salvador vencerá.